

# 4

## Redescubrir al Padre

### La centralidad del Padre en la espiritualidad de Jesús

---

*«Padre» es el nombre cristiano para Dios.*

James I. Packer

No hay duda de que vivimos momentos de gran euforia y despertar espiritual. Las iglesias están creciendo como nunca en toda la historia del protestantismo brasileño, se multiplican cada día. Los movimientos de alabanza y adoración con sus bandas crecen en una proporción jamás vista. Los laicos redescubren su lugar y su papel en la iglesia, contribuyendo con su creatividad y osadía. Los programas de televisión proliferan y difunden los más variados testimonios acerca de experiencias que el pueblo evangélico ha tenido con Dios. La presencia evangélica se encuentra en casi todos los segmentos de la sociedad brasileña, desde la política hasta el más sencillo evangelista de los asentamientos humanos. El movimiento misionero también vive sus días de gloria. Cada día se organizan agencias, se realizan conferencias misioneras en casi todas las iglesias, y misioneros brasileños hacen acto de presencia en varios sitios del planeta.

Por otro lado, toda esa euforia y crecimiento espiritual ha sido criticada bajo varios aspectos. Llama mi atención particularmente aquel que se refiere a la decadencia espiritual. Parece ser contra el sentido de las cosas, y suena como locura, que alguien afirme que la gran crisis del crecimiento de la iglesia es el propio debilitamiento espiritual. Esto en parte se da porque fácilmente confundimos estos dos tipos de crecimiento. Los períodos más fértiles de la espiritualidad cristiana nunca fueron los de gran prosperidad económica y crecimiento cuantitativo. Por el contra-rio, fueron los períodos de sufrimiento, persecución, privación y tribulación los que dieron a la iglesia su consistencia espiritual. Hoy la espiritualidad evangélica en el Brasil se mantiene, en muchos casos, sobre la base de la adrenalina. Cada vez necesitamos estímulos más variados e intensos para asistir a un culto o para participar en una reunión de oración.

Hoy nuestros líderes se asemejan más a gerentes que a pastores. Las iglesias y los cultos son cada vez más parecidos a las grandes ferias, cuyos feriantes, berreando, buscan vender sus productos. Los pastores comienzan a abandonar sus puestos, se transforman en celebridades, en fuertes líderes de personalidad carismática y dominadora, más parecidos a ejecutivos eclesiásticos que a pastores del rebaño de Jesucristo. Un día escuché a un pastor que, con cierto orgullo, afirmaba atender aproximadamente a unas treinta personas por día en su gabinete pastoral. Al principio aquella declaración me dejó pasmado. Nunca había escuchado hablar a alguien que hubiese conseguido tal hazaña. Suponiendo que este pastor trabajara ininterrumpidamente —sin detenerse para almorzar, tomar agua, un cafecito, ir al baño, etcétera— desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, diez horas en total, dispondría de sólo veinte minutos para cada persona, sin

considerar el tiempo que se pierde entre la salida de uno y la entrada de otro. Veinte minutos para oír los dilemas del alma y del corazón, aconsejar, orientar y orar con cada uno. Nos asemejamos más a ejecutivos eclesiásticos que a pastores cuando andamos con agendas electrónicas, teléfonos celulares, secretarías, auxiliares y asistentes para atender un volumen cada vez más grande de reuniones, entrevistas, conferencias, consejería, etcétera. Ser un hombre ocupado se ha hecho un símbolo de *status* y éxito, tanto en el mundo secular como en el religioso. En esta búsqueda del éxito y el *status* ya no tenemos más tiempo para construir amistades verdaderas y profundas, para caminar con nuestros amigos en el camino del discipulado. No tenemos tiempo para oír las historias de los viejos, los dramas de los más jóvenes y las crisis del alma humana. Disponemos solamente de veinte minutos.

La romería que hoy presenciamos en las iglesias —a las cuales miles de personas acuden con la esperanza de ver sus problemas resueltos y sus enfermedades curadas, su pasado revelado y sus memorias sanadas, sus demonios exorcizados y sus relaciones familiares y afectivas restauradas— describe la profunda carencia del pueblo y el deseo sincero de éste de encontrar una solución para su crisis. Sin embargo, por otro lado, este cuadro podemos verlo también con los mismos ojos de Jesús, quien contempló a las multitudes como ovejas sin pastor, presas fáciles de los manipuladores de la fe. Son muchos los que hoy viven en un estado de profundo desencanto y desilusión, lo cual compromete la fe y los afectos del corazón.

La obsesión por la experiencia personal como único camino válido para el conocimiento de Dios ha llevado a los cristianos a perder de vista el lugar y el significado de la relación personal en la espiritualidad cristiana. Las experiencias muchas

veces fallan, cuando no responden a nuestras expectativas o a las promesas que nos han hecho. Las consecuencias de tal frustración son graves. En parte, todo esto refleja la crisis espiritual en que vivimos. No siempre la euforia religiosa es sinónimo de avivamiento.

El llamado que recibimos de Dios en Cristo Jesús tiene como propósito cultivar una relación de amor y amistad, la misma que el Padre tiene con el Hijo. Allí se establece una nueva base para la experiencia espiritual, la cual no nos decepciona nunca. Por esta razón, el redescubrimiento del Padre en la espiritualidad del Hijo es el punto de partida para comprender nuestra experiencia humana, personal y espiritual, con Dios.

En este sentido se pronuncia Tom Smail, teólogo inglés, pastor anglicano y líder del movimiento carismático de la iglesia de Inglaterra por varios años, en uno de sus libros, *The Forgotten Father* (El Padre olvidado).<sup>1</sup> Este autor afirma que hoy —después del «movimiento de Jesús» de los años sesenta y del movimiento carismático de los últimos treinta años, que rescató el lugar del Espíritu Santo en la vida y misión de la iglesia— los cristianos necesitan redescubrir el lugar del Padre en la espiritualidad cristiana.

## Razones para redescubrir al Padre

La necesidad de redescubrir al Padre hoy se da, básicamente, por tres razones. La primera, es la propia naturaleza de Dios, quien se revela en las Escrituras como Trinidad. En el Nuevo Testamento encontramos que un mismo

---

<sup>1</sup> Tom Smail, *The Forgotten Father*, Hodder and Stoughton, Londres, 1980.

Dios se manifiesta en tres personas distintas. Primero, lo encontramos en la figura del Padre, a quien Jesús ora y ofrece su completa obediencia, que lo conduce hasta el Calvario, y cuya mano lo resucita de entre los muertos. También encontramos al Hijo, Jesucristo, con el mismo amor y poder divinos, quien actúa personalmente entre nosotros, como uno de nosotros. Los hechos del Hijo son los hechos del Padre. Las palabras del Hijo son las del Padre. El sufrimiento del Hijo es el sacrificio del Padre. Por tanto, la confesión de la iglesia es la confesión de Tomás, dirigida no al Padre que está en el cielo sino al Hijo resucitado: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20:28). Sin embargo, cuando Jesús es llevado al cielo, el Espíritu Santo es enviado como nuestro Abogado y Consolador. Él preserva nuestra comunión con el Hijo y con el Padre, siendo él mismo Dios en nosotros y entre nosotros. No se trata de tres dioses que compiten entre sí sino de un único Dios que interactúa, por la singularidad de cada Persona de la Santísima Trinidad, en una perfecta comunión de amor y entrega. La Trinidad apunta a un Dios que es esencialmente relacional. Y en la relación que nutren las tres Personas entre sí encuentra el significado de su propio ser. Si Dios decidió revelarse de manera trinitaria, la forma de vida de la iglesia deberá ser igualmente trinitaria. Ya sea en su doctrina, culto, testimonio o comunión, la iglesia necesita relacionarse igualmente con las personas del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El redescubrimiento del Padre se da dentro del concepto de la Trinidad y de la relación mutua que nutren las tres Personas.

Procuramos, entonces, explorar el lugar del Padre a partir de esa relación particular que el Hijo goza con él, tal como es revelada en los Evangelios.

La segunda razón para redescubrir al Padre hoy es el lugar que el Padre ocupa en la vida y misión del Hijo. La afirmación de Jesús: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra» demuestra esta verdad. El alimento simboliza la naturaleza dependiente de la existencia humana, un elemento sin el cual el ser humano no sobrevive. Concluimos, entonces, que la figura del Padre, además de ser central en la espiritualidad del Hijo, determina el significado de su vocación, toda vez que el Hijo deja en claro que su misión consiste en hacer la voluntad de su Padre y terminar su obra. La misión de Jesús no fue su propia misión sino la del Padre. Él no tenía un proyecto personal y particular sino que abrazó el proyecto del Padre como si fuese el suyo, el cual terminó siendo suyo al fin y al cabo. La función del Padre es enviar al Hijo y al Espíritu, de manera que no podemos comprenderlo a él como Creador si no es a través del Hijo y del Espíritu. Dios, el Padre, fuera del contexto de la encarnación, deja de ser Padre.

La tercera razón para redescubrir al Padre hoy es que vivimos en un mundo de huérfanos. Llegamos al comienzo del tercer milenio con el dominio de las más sofisticadas tecnologías, algunas de ellas incluso al servicio de la iglesia, pero, lamentablemente, no avanzamos mucho en nuestras relaciones. Por el contrario, el individualismo ha creado en nosotros un falso sentido de libertad y realización, que compromete el espíritu comunitario y la naturaleza relacional del ser humano. La orfandad, además de crear un vacío relacional, provoca también vulnerabilidad espiritual. La figura del Padre no sólo rescata el significado de la misión y de la vocación, sino que también rescata la identidad humana. Él nos libera de un mundo cerrado y egocéntrico para participar en un mundo de relaciones y afectos.

Este vacío relacional, provocado por una sociedad individualista, competitiva y consumista, nos conduce a un estilo de vida y a un modelo de espiritualidad que niegan el lugar del Padre, desarrollan relaciones utilitarias y profesionales, y buscan llenar, a través del activismo, los espacios y lagunas que deja nuestra carencia afectiva. Buena parte de los conflictos emocionales y espirituales que enfrentamos hoy nace de esas lagunas no rellenadas. Y cuando intentamos llenar ese vacío con activismo profesional o religioso, con innumerables responsabilidades y experiencias acumuladas, tarde o temprano concluimos que aún permanece ahí. Nuestras actividades profesionales o aun religiosas no llenarán el vacío de nuestra alma.

Lo que pretendemos aquí es mostrar que Jesús encontró su más completa realización personal en su relación con el Padre. No fue su ministerio, con sus innumerables compromisos y responsabilidades, lo que le dio su sentido de realización mayor, sino su perfecta obediencia y sumisión al Padre. «El primer valor fundamental de la personalidad de Jesús es su comunión con el Padre, su total identificación con él. El amor de Jesús por el Padre es la clave, el “secreto” para entender los otros valores de su vida, y la felicidad y amor que puso en ella.»<sup>2</sup> Para el ser humano moderno, la realización se da casi siempre en el mundo profesional. Las personas son calificadas por lo que hacen o poseen. Toda la publicidad está dirigida a cumplir la finalidad de dar al ser humano algún sentido de realización a partir del tener, y no del ser. Sin embargo, lo que encontramos en los Evangelios y, particularmente, en la vida de Jesús es que la realización humana se da en las relaciones de amor y

---

<sup>2</sup> Segundo Galilea, *Amizade de Deus – O Cristianismo como Amizade*, Edições Paulinas, San Pablo, 3ra. ed., 1988, p. 19. (Original castellano: *La amistad de Dios: el cristianismo como amistad*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1988)

amistad que construi-mos, y no en las cosas que hacemos o poseemos, por más relevantes y sagradas que sean.

## **El lugar del Padre en la vocación del Hijo**

Después de que Jesús fue bautizado por Juan en el río Jordán, el Espíritu Santo bajó sobre él como una paloma y se oyó una voz en el cielo que dijo: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él» (Mt 3:16-17). Aquí se establece de modo claro y definitivo el principio que habría de conducir la vida del Hijo durante todo su ministerio terrenal: «Éste es mi Hijo amado». Estas palabras dieron a Jesús el significado de su vida y de su ministerio. Es importante destacar que el marco inicial del ministerio público de Jesús no fue ninguna manifestación de poder o gloria, como se esperaría del Hijo de Dios. El marco inicial de su ministerio fue el bautismo, la expresión pública que define sus relaciones, es decir, a quién pertenece él en realidad. En el río Jordán, Jesús demuestra públicamente que él pertenece al Padre, que entra en este mundo por voluntad de su Padre, quien lo ama y encuentra gozo en él. El bautismo define la forma y el significado de la vida y el ministerio de Cristo.

Después de su bautismo, Jesús fue llevado por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado por el diablo. Luego de cuarenta días y cuarenta noches de ayuno, en un momento de extremo cansancio físico, emocional y espiritual, se le aproximó Satanás y le dijo: «Si eres el Hijo de Dios...» (Mt 4:3). Es importante percibir que la primera tentación que Jesús enfrentó no fue la de transformar piedras en panes en un momento en que se encontraba hambriento y débil, sino la de poner en duda la voz del cielo que dijo: «Éste es mi Hijo amado». No era el poder del Cristo lo que estaba siendo cuestionado sino su

filiación, su relación con el Padre, la voz del cielo que había afirmado que él era el Hijo amado de Dios. El esfuerzo de Satanás procuraba quebrar el vínculo, la amistad, la sumisión y la comunión. Desde el principio, ésta ha sido su tarea. Él no está tan preocupado con la misión como con la relación. Ésta es su estrategia. Una vez quebrada la relación de amor y dependencia, el resto es fácil. Vemos aquí que el principio de la tentación en el desierto no está en poner en duda el poder de transformar piedras en panes o de dar una voz de mando a los ángeles. La duda se refiere al lugar del Padre en la vida del Hijo.

Frente a esta inducción de la duda —«Si eres el Hijo de Dios...»—, la acción de transformar piedras en panes habría pasado a ser desobediencia e incredulidad, y no un acto de fe. Si Jesús hubiese transformado las piedras en panes, y él podía hacerlo, su gesto habría sido una muestra de incredulidad respecto a la voz que había oído días antes en el desierto. Estaría intentando probarle a Satanás lo que Dios, el Padre, ya le había dicho. En efecto, lo que estaba en juego no era el poder de Dios para transformar piedras en panes sino la voz de Dios que dijo: «Éste es mi Hijo amado». Luego, en varias ocasiones, Jesús realizaría milagros semejantes, pero siempre como una respuesta de su obediencia y de su comunión con el Padre.

Normalmente, nuestras inseguridades afectivas nos llevan a desear y buscar aquello que, de algún modo, nos ayuda a pensar que somos amados y aceptados, o lo que refuerza el *status* que necesitamos para autoafirmarnos. Transformar piedras en panes y alimentar a muchos hambrientos; saltar de lo alto del templo y ser recibido por los ángeles, en un verdadero espectáculo de poder espiritual; o tener dominio sobre reinos y personas, con el control de su vida y su destino,

nos haría sentir que somos alguien, que de alguna manera somos aceptados, no tanto por lo que somos, sino por lo que tenemos. En un mundo en donde el tener determina el sentido del ser, la búsqueda del poder —ya sea espiritual, económico o político— puede representar fácil-mente una fragilidad en el significado de nuestra existencia. Para muchos, tener el poder es el camino de la realización personal.

¿Quién no tuvo nunca el deseo de ser un astro o persona famosa, un gran deportista o músico, o un predicador conocido y solicitado, y así recibir notoriedad al punto que el mundo, o parte del mismo, se arrodille delante de él? ¿A quién no le gustaría tener el poder (espiritual o no) de transformar cosas, solucionar problemas, impedir el avance de otras fuerzas y poderes? Nuestra infancia está marcada por la figura de los súper-héroes, de los justicieros, de aquellos que tienen el poder de transformar piedras en panes, inundaciones en cataratas de leche, migajas en biscochos y así poder alimentar a los que tienen hambre en el mundo. ¡Cómo quisiera tener el poder de controlar el destino de las personas, evitando así el sufrimiento de los niños y el dolor de los ancianos! Lo cierto es que Dios no nos dio vocación para el poder, sino para el amor. El poder siempre corrompe nuestras relaciones fraternas. Amor y poder nunca caminan juntos. Tenemos que optar por uno o por otro, pero nunca por los dos. Es muy posible que por detrás de la búsqueda de todo eso estemos, en verdad, procurando encontrar una forma de tapar las lagunas y los vacíos que dejan nuestras carencias afectivas. Actuamos como aquel niño o cónyuge inse-guro, que necesita regalos cada vez más caros para mantenerse ilusoriamente «seguro» de sus afectos.

Cuando fue tentado por el diablo en el desierto de Judea, Jesús pudo resistir a todas las propuestas seductoras de poder por una razón muy simple; había oído la voz del cielo que

declaró: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él». Esa voz fue suficiente para llevarlo a negar todas las otras voces, que eran más seductoras. Jesús no necesitaba probarle a nadie, ni siquiera al diablo, quién era él. No necesitaba dar ningún espectáculo de poder espiritual para darle valor a aquello que él mismo ya sabía de parte del Padre. Y en varias ocasiones Jesús se vio confrontado con la tentación de afirmar su identidad a través de demostraciones de poder. Por ejemplo, el pedido de uno de los ladrones que fue crucificado con él: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lc 23:39). Una vez más estaba Jesús delante de la misma sospecha: «Si tú eres el Cristo».

A veces me pregunto, si tal sospecha se hubiera dirigido a mí, ¿qué hubiera hecho? Posiblemente, teniendo en cuenta mis inseguridades y mi necesidad de autoafirmación, invocaría algunas legiones de ángeles y, en una demostración de poder y dominio sobre las fuerzas cósmicas, bajaría de la cruz, mostrando a todos los presentes que, en efecto, yo era el Cristo, el Hijo de Dios. Después del espectáculo, volvería al Calvario para concluir la obra que había comenzado, pero no sin antes haber disipado todas las dudas respecto a mí.

Otro ejemplo que tenemos en los Evangelios es el dramático encuentro de Jesús con Pilato poco antes de su condenación y crucifixión. Allí Pilato afirma su autoridad y su poder, desafiando la autoridad de Cristo mismo: «¿No te das cuenta de que tengo poder para ponerte en libertad o para mandar que te crucifiquen?» (Jn 18:10). Parafraseándolo, «tengo el poder para condenarte o indultarte, en mis manos está tu destino. Basta una palabra mía y tu destino estará trazado». Sin embargo, en ningún momento Jesús busca autoafirmarse mediante alguna demostración de autoridad y poder. Una vez más, se somete a la voluntad de su Padre: «No tendrías ningún poder sobre mí si

no se te hubiera dado de arriba» (Jn 18:11). En verdad, todo el proceso de juicio, condenación, humillación y crucifixión de Jesús era un excelente palco para exhibir su poder y autoridad, pero él prefirió seguir el camino de la obediencia humilde al Padre, porque sabía que era el «Hijo amado» en quien el Padre encontraba todo su placer. Jesús sabía que las manos del Padre lo conducían al Calvario, y no la pretendida autoridad de Pilatos. Jesús sabía quién era y quién estaba en el control de todo. El bautismo había definido eso.

La gran crisis espiritual que enfrentamos hoy involucra, básicamente, nuestras inseguridades afectivas y emocionales. Nuestras búsquedas espirituales se destinan casi siempre a suplir esas carencias y a crear la ilusión de que somos aceptados y amados, y de que el poder y la prosperidad son las señales de nuestra aceptación. Sin embargo, el vacío relacional continúa clamando dentro de nosotros por algo más profundo, que nos dé un sentido de pertenencia y de filiación. Lo que más necesitamos hoy es oír una vez más la voz del Padre diciendo: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él». Redescubrir a *Abba* en los labios de Jesús es la experiencia humana y espiritual más profunda y significativa que alguien pueda tener.

## **Conocer a *Abba***

Si buscamos en el Nuevo Testamento una conexión entre la obra del Espíritu Santo y nuestra relación con el Padre, la encontraremos en las cartas de Pablo. Él menciona por lo menos dos experiencias resultantes de la operación del Espíritu que nos lleven a una relación con Dios. La primera es la declaración «Cristo es el Señor», que, según Pablo, sólo puede

hacerse mediante la acción del Espíritu. La segunda, «*Abba* Padre», también describe esta acción única del Espíritu Santo en la vida de la iglesia.

Estas dos declaraciones describen y definen la actividad esencial del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento. Todas las otras actividades, como la distribución de los dones en el cuerpo de Cristo, por ejemplo, sólo siguen como una consecuencia. Lo que define y constituye el cuerpo de Cristo es el vínculo con el Padre, por medio del Hijo, creado por el poder y la acción de Espíritu Santo.

James I. Packer escribió:

Se resume la totalidad de la enseñanza del Nuevo Testamento en una sola frase cuando se habla de que ella sea la revelación de la paternidad del santo Creador. Del mismo modo, resumimos la totalidad de la religión neotestamentaria cuando la describimos como el conocimiento de Dios como nuestro santo Padre. Si queremos juzgar en qué medida alguien comprende el cristianismo procuramos establecer qué es lo que piensa acerca del concepto de que es hijo de Dios, y de que tiene a Dios como Padre. Si no es este el pensamiento que impulsa y rige su adoración y sus oraciones y toda su percepción de la vida, significa que no entiende nada bien lo que es el cristianismo. Porque todo lo que Cristo enseñó, todo lo que hace que el Nuevo Testamento sea nuevo, y mejor que el Antiguo, todo cuanto sea distintamente cristiano por oposición a lo judaico, se resume en el conocimiento de la paternidad de Dios. «Padre» es el nombre cristiano para Dios.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> James I. Packer, *Hacia el conocimiento de Dios*, Logoi, Miami, 1979, pp. 228.

Conocer al Padre, por la mediación del Hijo, en el poder del Espíritu Santo, constituye la fórmula trinitaria del conocimiento de Dios. Este conocimiento no nace a partir de una experiencia humana existencial. El conocimiento del Padre sólo es posible mediante la revelación de su Hijo en el poder del Espíritu Santo.

La palabra *Abba* aclara que el nuevo nombre a través del cual nos acercamos a Dios no es fruto de nuestra opción sino que tiene su origen único en el lenguaje de Jesús que nos acercó al Padre de esta forma. Llamar a Dios Padre es reco-nocer que tenemos que aprender a hacer esto a través de Cristo, que el derecho de usar esta expresión procede de él y nos es dado por el Espíritu Santo, que realiza en nosotros aquello que primero fue en la persona de Cristo.<sup>4</sup>

Jesús dice: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14:9). El único que nos revela al Padre es su Hijo unigénito.

Éste es un principio que vale la pena enfatizar. Dios no es nuestro Padre porque proyectemos sobre él esa imagen y lo hagamos Padre a partir de los referentes que construimos en nuestras relaciones humanas. Él es Padre porque tiene un Hijo, y es a través de su Hijo Jesucristo que se revela a nosotros como Padre. Entonces, Dios es nuestro Padre porque nos adoptó en Cristo Jesús y nos dio el Espíritu de su Hijo, que clama en nuestros corazones: «*Abba* Padre». Este principio es importante, porque es común proyectar en Dios las imágenes paternas que construimos. Sólo a través de Cristo podemos conocer a Dios como Padre. Cristo revela la paternidad de Dios, y en la relación que Cristo tiene con el Padre

---

<sup>4</sup> Tom Smail, *op. cit.*, p. 32.

encontramos el modelo y el camino de nuestra relación con el Padre.

La expresión *Abba* aparece por primera vez en las Escrituras en labios de Jesús. Es una expresión que denota intimidad y reverencia. Lamentablemente, la intimidad que presentan los medios de comunicación de hoy no pasa de ser un artificio emocional para conquistar ventajas personales. La intimidad se transformó en un instrumento de manipulación. Sin embargo, Jesús nunca la usó para sacar provecho alguno sino para otorgar al Padre la más perfecta obediencia y sumisión. Así, Jesús inauguró una nueva manera de relacionarse con Dios. El lugar en el cual Jesucristo pronunció esta palabra demuestra su significado para su vida y ministerio. «*Abba, Padre*» aparece en labios de Jesucristo en la angustia de Getsemaní, cuando él oró: «*Abba, Padre, todo es posible para ti. No me hagas beber este trago amargo, pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*» (Mr 14:36). Aquí Cristo Jesús rindió al Padre su más completa obediencia y sumisión. No usó esta expresión de afecto para sacar ventaja personal alguna, ni para exigir derechos ni aun para ordenar favores. Esta intimidad invita a la reverencia y a la obediencia. Nuestro Señor Jesús renunció a su voluntad personal y se sometió enteramente al amor y cuidado del Padre.

Por otro lado, el mundo moderno se caracteriza por un individualismo que, como consecuencia, sólo encuentra su realización en la profesión. El ser humano es aquello que tiene o que hace, y no lo que simplemente es. Así, nos realizamos profesionalmente y nos relacionamos funcionalmente. El ser humano sólo viene a ser alguien en la medida en que tiene acceso al mundo profesional y consumista, y termina construyendo sus relaciones sobre el fundamento de las

funciones y papeles que ejerce. Somos aquello que hacemos. Las personas nos conocen por los cargos, diplomas y funciones que ejercemos. Y la necesidad de ampliar el universo de poder y de *status* se hace cada vez más grande, si deseamos preservar nuestras relaciones. Cuando somos presentados a alguien, nos identificamos por aquello que hacemos o tenemos, y cuando no tenemos ni hacemos nada relevante, nos presentamos como el amigo de alguien que sí tiene o hace. En este contexto, como dije anteriormente, cual-quier expresión de intimidad no pasa de ser un recurso barato para obtener ventajas personales. Al fin y al cabo, «tenemos que tener la ventaja en todo».

Redescubrir el significado de «*Abba*, Padre» abre las puertas para establecer una nueva relación con Dios y con el mundo, en la cual el centro no es más la realización profesional sino el afecto. Y una vez que mis búsquedas ya no son el fruto de mi egoísmo individualista, me encuentro también como persona en ese encuentro con el Padre. San Agustín afirmó que el ser humano es aquello que él ama. Si queremos conocer a alguien, no debemos preguntar lo que hace sino acerca de lo que ama más. En el amor nos realizamos como personas, y «*Abba*, Padre» abre las puertas para este encuentro afectivo.

Lamentablemente, muchos de nosotros estamos habituados al juego de la manipulación, del chantaje emocional, de la «ley de Gérson»,<sup>5</sup> que busca sacar ventaja en todo. Nuestros gestos de cariño e intimidad siempre están cargados de otras intencio-

---

<sup>5</sup> La expresión «Ley de Gérson» viene de una publicidad comercial de una marca de cigarros en la que Gérson, una de las estrellas de la selección de fútbol de Brasil de 1970, afirma que «el brasileño es aquel que procura sacar ventaja en todo». La frase se convirtió en un eslogan que justifica determinados comportamientos equivocados.

nes. Sólo son medios que aprendemos para conquistar nuestros intereses personales. La mayoría de las veces que nuestros hijos se acercan a nosotros con palabras de cariño, usando diminutivos afectivos como «papito querido» u otro cualquiera, es porque desean pedirnos algo que saben que en condiciones normales no lo recibirían. Desde muy temprano aprendemos a usar a las personas y no a reverenciarlas con respeto por su singularidad ante Dios. Perdimos el camino del encuentro con el otro, el camino de la relación personal. Para muchos hoy relacionarse es el arte de sacar ventajas.

No sucede algo muy diferente en el mundo espiritual. Gran parte de los libros que tratan del tema de la oración proponen exactamente esto: cómo sacar el mayor provecho de su relación con Dios. La oración es vista como un instrumento que tiene por finalidad explotar, al máximo posible, los recursos que Dios dispone. Dios es presentado como una fuente inagotable de poder que se coloca a nuestra disposición. Todo lo que necesitamos es poner a trabajar esta fuente a nuestro favor. Para esto usamos todo tipo de chantaje, manipulación y «técnicas espirituales» disponibles en los mejores manuales que se encuentran a la venta en las librerías del ramo. Hemos hecho de Dios un «objeto» más con el cual relacionarnos utilitariamente. Los hombres y mujeres de oración, admirados por muchos creyentes, no son, necesariamente, aquellas personas que gozan de amistad y comunión íntima con Dios, sino aquellas que consiguen, en nombre de la fe, las proezas más extraordinarias.

Corremos el riesgo de no experimentar aquello que fue el centro de la vida y de la espiritualidad de Jesús: su relación con el Padre. Que Dios es rico en poder y está deseoso de bendecir a sus hijos es una verdad de la cual no tenemos

ninguna duda. Sin embargo, surge la siguiente pregunta ante nosotros: ¿qué sentido tiene la expresión *Abba* en nuestros labios? ¿Utilizamos esta expresión para manipular a Dios y recibir sus favores o para ofrecerle nuestra más completa y perfecta devoción y obediencia? No está en juego el poder de Dios ni su deseo de bendecir a sus hijos, sino la motivación que nos lleva a buscarlo, a llamarlo «Padre». El amor y el afecto crean en nosotros otras motivaciones para establecer nuestras relaciones. Lo que nos motiva no son los beneficios del amor sino la alegría del encuentro, la certeza de ser amado y poder amar.

No cabe la menor duda de que todo padre que ama a sus hijos desea lo mejor para ellos. Ésta, incluso, es una analogía que encontramos en las Escrituras, cuando Jesús pregunta: «¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pescado, le da una serpiente? Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!» (Mt 7:9-11). El Padre del cielo desea dar buenas cosas a sus hijos, mucho más de lo que desearían nuestros padres. Sin embargo, cuando los hijos buscan a sus padres sólo por aquello que éstos tienen para ofrecer, por las dádivas que pueden conquistar —como regalos caros, viajes internacionales, automóviles nuevos, etcétera—, corren el riesgo de construir, a partir de este modelo de relación, una amistad más utilitaria y menos afectiva, más impersonal y menos íntima y personal. Los vínculos se hacen más frágiles, y el significado de la amistad y del amor se corrompe poco a poco. Así, nos tornamos cada vez más dependientes de las manifestaciones externas de aceptación que de los afectos internos. Reconozco que este es un estadio de

nuestras relaciones todavía imperfecto. El problema de muchos cristianos es que permanecen indefinidamente en este estadio infantil y no caminan hacia un encuentro más íntimo, personal y afectivo con Dios.

Redescubrir *Abba* significa volver descubrir el lugar del corazón y de los afectos en la espiritualidad cristiana. Encontrar en la obediencia amorosa el sentido más profundo de la realización humana. Ofrecer al Padre la más completa y reverente sumisión. Experimentar una relación tan profunda de amor y de aceptación, que nos permite orar: «No sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú».

## **Redescubrirnos como hijos**

Si, por un lado, necesitamos redescubrir al «*Abba*, Padre», por el otro lado, necesitamos redescubrirnos como hijos. El mundo religioso y espiritual se convirtió en un mundo para adultos, para personas racionales y lógicas, que entienden el significado de las palabras y de la teología, y son experimentadas en las prácticas espirituales. Cuando nos hacemos adultos perdemos el significado de ser hijos. El mundo adulto es, por naturaleza, un mundo impersonal, un mundo donde se pierden los vínculos, los lazos que nos atan a los demás. El mundo de los vínculos afectivos es el mundo de los hijos, de los niños, no el de los adultos. Ser adulto significa ser autónomo, independiente. Significa romper, partir, encontrar un espacio donde solamente entran aquellos a quienes les damos el permiso, siempre y cuando respeten los códigos de privacidad. El mundo del niño y del hijo es diferente. Allí no existe ni la autonomía ni la impersonalidad. La identidad del niño está vinculada con la de sus padres. Su vida no es propia

sino que pertenece a aquellos con quienes convive. El niño no logra romper los vínculos porque, en verdad, éstos son vitales para su supervivencia y equilibrio.

Jesús afirmó: «Les aseguro que a menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos» (Mt 18:3). La entrada en el Reino de Dios es el rescate de nuestra condición de hijos. Perder esta condición implica una inversión peligrosa en nuestra relación con Dios. En vez de convertirnos a Dios, el Padre, por la mediación de su Hijo, es él quien se convierte a nosotros, a nuestros intereses y creencias. Hoy, ante la orfandad del mundo moderno, es más común encontrar a Cristo convertido a las personas, que a éstas convertidas a Cristo. Transformamos a Cristo en nuestro siervo, y no a nosotros en siervos suyos. La característica más distintiva en la vida de un niño es su completa dependencia, no sólo de los padres sino de todo el mundo que lo rodea. Ser niño es vivir en esa estrecha relación de amor, dependencia y obediencia. Descubrirnos como hijos es encontrar de nuevo, en nosotros, esta condición de niños.

Sin embargo, reconocemos que la infancia, para muchos de nosotros, trae memorias tristes y dolorosas. La infancia de muchos estuvo determinada por la violencia, el abandono, las críticas, la inseguridad, el miedo, el sufrimiento y las privaciones. Luchamos para borrar esos recuerdos y soñamos con un mundo adulto, independiente y autónomo. Para el ser humano moderno, la vida adulta simboliza la conquista de la felicidad, toda vez que en ella borramos las memorias del pasado. Por lo menos así nos lo imaginamos. No obstante, la verdad es que la infancia no es, como muchos desean, un hecho que quedó en el pasado, superado por la conciencia adulta. Ella continúa dentro de nosotros, determinando nuestra conducta y opciones. El hecho de redescubrir al Padre nos

lleva, inexorablemente, a una redención de nuestra infancia, en el encuentro de nuestra alma con nuestro Creador, que es también nuestro Padre.

Aceptar a Dios como Padre ha sido impedido muchas veces por los recuerdos del pasado. La imagen que guardamos de nuestros padres y las heridas que traemos de nuestra infancia crean distorsiones en la imagen que tenemos de Dios como Padre. Sería una ingenuidad pensar que esos recuerdos y heridas de nuestra infancia no afectan nuestras relaciones, en especial la que tenemos con Dios. Nuestra infancia está muy presente en nuestra espiritualidad, más de lo que imaginamos o deseamos. La manera en que nos relacionamos está determinada, en gran parte, por nuestra infancia. Si crecemos en un mundo marcado por el exceso de crítica, hostilidad y abandono, inseguridad, rechazo y culpa, nuestra tendencia será construir modelos relacionales que, de una u otra forma, nos protejan de los miedos que traemos de la infancia. Somos niños adultos inseguros, que optan por la manipulación y el control, en lugar del amor y la entrega.

La infancia no es una realidad escondida en el pasado de cada adulto sino la verdad presente de sus emociones y afectos. «El niño está donde la búsqueda de integridad debe comenzar... La vida termina de la misma forma en que fue vivida, a menos que haya una intervención de la gracia de Dios en curar, restaurar y redimir las experiencias negativas de nuestra infancia».<sup>6</sup> Estas experiencias están presentes en nuestra espiritualidad, en la manera en que oramos o buscamos a Dios. Por ejemplo, un niño que vivió pérdidas irreparables, que nunca tuvo los regalos que soñó, que siempre fue privado

---

<sup>6</sup> James Houston, *In Search of Happiness – A Guide to Personal Contentment*, A Lion Book, Oxford, 1990, p. 85.

de las cosas que deseó y de los afectos que necesitó, probablemente desarrollará una relación utilitaria con Dios, como si Dios tuviese la obligación de suplirlo en sus necesidades y darle aquello que desea. Sólo se sentirá amado a través de estas expresiones «concretas» y materiales, que jamás llenarán el vacío de su alma. Mas, si aprendió a manipular y a relacionarse políticamente con las personas, su tendencia será la de manipular a Dios y construir una relación en la que sus verdaderas intenciones no siempre serán expuestas.

La obra que el Espíritu Santo realiza en la vida de los creyentes es, básicamente, la de adoptarnos como hijos del Padre celestial. Ésta es la obra de redención, que involucra no sólo la conciencia adulta y racional sino también la historia, el pasado y las memorias. Dice el apóstol Pablo: «Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: *¡Abba! ¡Padre!*» El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios» (Ro 8:15-16). Y más aún: «Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, a fin de que fuéramos adoptados como hijos. Ustedes ya son hijos. Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: *¡Abba! ¡Padre!*» (Gá 4:4-6). Esclavo es aquel que no tiene un padre sino un dueño, aquel cuya relación se construye sobre las bases del contrato y no de la alianza, y a quien se mide por su trabajo y capacidad productiva, y no por su amor y afecto. El apóstol dice que no recibimos el espíritu de esclavitud, que nos aliena y provoca pánico e inseguridad, culpa y condenación, sino que recibimos el Espíritu de adopción, de filiación. Fuimos recibidos como hijos de Dios, adoptados por Cristo Jesús. Todos los beneficios

que el Hijo usufructuó son también usufructuados por nosotros ahora.

Ser hijo es el gran desafío para la espiritualidad moderna. Nuestro desarrollo casi siempre apunta hacia el mundo adulto, donde actuamos de manera independiente e impersonal. El deseo de todo adolescente es alcanzar la mayoría para poder por fin vivir lejos de las ataduras familiares y de las represiones a las que fuera sometido. En nuestra cultura occidental, nadie desea ser hijo, todos quieren ser adultos, padres. En principio, no hay nada incorrecto en que un adolescente desee alcanzar su mayoría e independencia financiera. Sin embargo, cuando Jesús afirma que si no nos volvemos como niños de ningún modo entraremos en su Reino, imagino que nos está diciendo que, para descubrir a Dios como Padre, tenemos que redescubrir nuestra infancia y el niño que existe ahí dentro. Nadie llama a Dios Padre de la manera que lo llamó Jesús, si no reconoce que es un hijo adoptado por el Padre, en Cristo Jesús.

Jesús tomó al niño como símbolo para mostrar que la sencillez y confianza de éste son características distintivas de todos aque-llos que desean entrar en el Reino de Dios. Conducirnos como hijos a una relación de confianza con Jesús es el mayor privilegio que tenemos, pues eso nos ayudará a encontrar el principio de nuestra integridad personal.

Como hemos visto, el niño que está dentro nuestro mantiene grabadas las memorias de nuestra infancia, que nos ayudarán o impedirán crecer en nuestras relaciones con Dios y con los demás. Las dificultades que algunos hombres encuentran para relacionarse con mujeres, o las de algunas mujeres con hombres, pueden encontrarse en las memorias de su infancia. Siempre encontramos historias emocionales y afectivas por detrás de todas nuestras relaciones.

La cuestión que enfrentamos es la siguiente: si esas memorias afectan nuestras relaciones, incluido lo espiritual, ¿qué debemos hacer para crecer con madurez e integridad? Creo que podemos comenzar por buscar comprender el proceso de reconciliación con nuestra propia infancia. Este proceso envuelve una mirada hacia el pasado y hacia dentro de nosotros. Es lo que el Señor propone en la carta a la iglesia de Efeso: «¡Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y vuelve...» (Ap 2:5). La cuestión no es teológica ni doctrinal, sino relacional. La palabra de juicio que el Señor tiene para esta iglesia se debe a la pérdida del «primer amor». El problema era afectivo, relacional, y para resolverlo no hay nada más sensato que mirar hacia atrás y hacia adentro de nosotros. «¡Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y vuel-ve...» ¿Dónde está el amor que dejó de existir? ¿Cuándo fue sustituido por el poder o por el deseo de control?

Este proceso de mirar hacia atrás y hacia dentro de uno exige de nosotros un ejercicio creativo de recogimiento<sup>7</sup> y amistad. Este equilibrio es necesario para que la soledad de nuestra infancia sea curada por vínculos personales. El recogimiento y la amistad nos ayudan a mirar hacia dentro de nosotros mismos, a oír las voces de nuestro ser íntimo y a integrar la totalidad de nuestra vida con relaciones íntimas y personales. Encontrar en Dios Padre al amigo que él promete ser involucra una mirada hacia dentro de nosotros, a fin de encontrar los obstáculos que edificamos a lo largo de nuestra existencia, que nos impiden construir amistades íntimas y personales.

---

<sup>7</sup> Recogimiento es el silencio intencional, provocado por nosotros mismos, mediante el cual nos alejamos de las personas y las actividades para procurar un encuentro con Dios y con nosotros mismos.

Hay un texto en la Biblia que siempre me intrigó mucho y que sólo en esta perspectiva de la amistad con Dios logro entender. Cierta vez, explicando la importancia de la oración, Jesús hizo la siguiente afirmación: «No sean como ellos (se refería a los gentiles que presumían que, por hablar mucho, serían oídos), porque su Padre sabe lo que ustedes necesitan antes de que se lo pidan» (Mt 6:8). Si Dios sabe lo que necesito, si conoce todas mis necesidades, ¿por qué debo orar entonces? ¿Cuál es la finalidad de la oración, si Dios sabe lo que realmente necesito antes de que le presente cualquier pedido? Esta cuestión siempre me intrigó.

Para entender mejor lo que Jesús dice debemos cambiar primero nuestro concepto y percepción de la oración. Para muchos, la oración es un instrumento que Dios pone a nuestra disposición para que logremos que las «cosas» sucedan. Estas «cosas» pueden ser desde grandes milagros hasta una «ayudita» para aprobar un examen (lo que en algunos casos no deja de ser un gran milagro). La imagen que tenemos es que Dios está por ahí, «dando comida» con su poder, y la oración es el recurso que disponemos para activar esa inagotable fuente de poder y de bendición. Necesitamos aprender a «sacar el máximo provecho de Dios» y a usufructuar de aquello que él nos puede dar. Por esto oramos, insistimos, suplicamos, ayunamos, etcétera, es decir, para lograr que Dios sepa lo que queremos y se convenza, en cierta manera, de hacer lo que juzgamos correcto.

Esta imagen tenemos muchos de nosotros de Dios y de la oración. Ante esta postura, escuchamos la afirmación de Jesús: «Su Padre sabe lo que ustedes necesitan antes de que se lo pidan». Si él lo sabe, ¿por qué debo suplicar? ¿Por qué no resuelve darme lo que necesito sin tener que pedir? ¿Será que Dios es como uno de esos padres sádicos que no sueltan «el

dinero» hasta que no ven a sus hijos humillados y convencidos de su gran «poder»? Estos conceptos que tenemos nacen en gran parte de las memorias y experiencias de la infancia.

Tengo dos hijos. Para mí, aunque sea muy limitado en mis percepciones, no es muy difícil saber lo que ellos necesitan, principalmente cuando se trata de cosas materiales. Como padre no les niego todo aquello que me es posible y juzgo necesario para su desarrollo físico, mental y espiritual. Sin embargo, lo que más me gusta ver en ellos, y estoy seguro de que también es lo que más buscan en mí, aunque no siempre lo demostremos, es una relación personal de amistad, amor y aceptación. Si nosotros, que somos padres, sabemos lo que nuestros hijos necesitan y tenemos gran placer en atenderlos, nuestro Padre celestial, con toda seguridad, sabe lo que necesitamos y lo que es mejor para nosotros, y tiene aún más placer en responder a las ansiedades de sus hijos. No obstante, el Padre celestial busca hijos que procuren el placer de estar con él en comunión y amistad, no por lo que él puede y tiene para dar sino por ser quien es. Dios sabe lo que necesitamos, y si lo conocemos como un Padre que nos ama y que se preocupa con cada detalle de nuestra vida, sabemos que podemos descansar en su amor y providencia. Consecuentemente, aquello que necesitamos deja de ocupar el primer lugar en la agenda de nuestros encuentros y conversaciones con Dios.

Como padre, lo que más me gusta de mis hijos no es oír la lista de cosas que necesitan —muchas de ellas legítimas, otras no tanto y otras, quizás la mayoría, absolutamente superfluas— sino estar con ellos, poder amarlos y ser amado, disfrutar de una amistad intensa, íntima y personal. Cuando Jesús afirma que nuestro Padre sabe lo que necesitamos, cambia radicalmente todo el concepto utilitario que tenemos de la

oración. Con estas palabras demuestra que nuestras necesidades son parte de la agenda y del cuidado de Dios, aun antes de que tengamos conciencia de ellas. A partir de la oración, Jesús apunta a un nuevo modelo de vínculo. La pauta de nuestras oraciones no está más en nosotros ni en nuestras necesidades sino en Dios y en nuestra comunión con él. Oramos no para reivindicar nuestras necesidades, sino para demostrar nuestro amor y afecto por nuestro Padre.

Jesús censura la forma en que los gentiles e hipócritas oraban: «Y al orar, no hablen sólo por hablar como hacen los gentiles, porque ellos se imaginan que serán escuchados por sus muchas palabras» (Mt 6:7). El problema de las repeticiones no está en nuestra necesidad de suplicar y aun de insistir por nuestras necesidades delante de Dios, sino en el falso concepto de que nuestra insistencia abre los oídos de Dios. Cuando actuamos así, colocamos en la oración un poder que no le pertenece. Creemos que es la repetición la que hace favorable a la súplica delante de Dios, y no la mediación soberana de Jesucristo. El pueblo insistió para tener un rey, y Dios le dio a Saúl. Sin embargo, esta insistencia los llevó a cambiar el gobierno justo de Dios por un gobierno humano, limitado y frágil. La insistencia hizo que rompiesen las relaciones personales que habían sido construidas por la alianza que Dios había establecido y las cambiasen por una relación institucional e impersonal con el rey. Cuando sustituimos a Dios —con su inmenso amor y cuidado paternos— por una insistencia vana y repetitiva, transformamos la oración en un fin y a Dios solamente en un medio para alcanzar lo que nuestra vanidad busca. Dios, y únicamente Dios, es el motivo y la razón de nuestra oración.

Tal vez lo que más necesitamos sea redescubrir a Dios como nuestro Padre, no en la perspectiva de los recuerdos y memorias que tenemos de nuestros padres, sino a partir de la relación que el propio Hijo Jesús tuvo con el Padre. Él nos revela al Padre, con su cuidado amoroso y tierno. Jesucristo mismo nunca necesitó usar el recurso de las vanas repeticiones para conseguir alguna ventaja. Siempre se ofreció en completa obediencia y temor al Padre, en la seguridad de que el propio Padre habría de guiarlo por los caminos que había determinado.

Orar es entrar en esa relación única que Jesús, el Hijo, nutrió con el Padre. Es buscar la voluntad del Padre, ofreciéndonos a él en sumisión y obediencia, para que él sea el principio y el fin de toda nuestra existencia. Dios sabe lo que necesitamos. Basta reconocerlo como Padre para tener la seguridad de esto. La oración no es informar a Dios de lo que él ya sabe respecto a nuestras necesidades, sino gozar de la alegría de experimentar su voluntad justa y soberana, y, por lo demás, las otras cosas nos serán añadidas.

Ser niño para entrar en el Reino incluye reconocer la paternidad de Dios por detrás de las experiencias más amargas de nuestra infancia.

## **Herederos del Padre**

Aquí entramos en un tema delicado en nuestros días. Me parece que el redescubrimiento de la verdad bíblica de que somos hijos y, por lo tanto, «herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Ro 8:17), ha llevado a muchos cristianos a un triunfalismo inconsecuente, fruto de las mismas inseguridades afectivas que hemos mencionado. Hace algunos años, leí un

libro cuyo título era *Aprenda a viver como filho do Rei* (Aprenda a vivir como hijo del Rey), en el cual el autor buscaba demostrar, a través de innumerables experiencias personales, que el hecho de ser herederos nos da el derecho a reivindicar lo mejor de este mundo, todo porque somos hijos del Rey. Allí él mencionaba, como algo obvio, sus vuelos en primera clase. También hablaba de los restaurantes finos y de las casas con estilo cinematográfico, y aconsejaba usufructuar esos privilegios reservados a los príncipes.

Confieso que ya no tengo más paciencia para leer este tipo de literatura. Sin embargo, por lo que oigo, libros de este tipo continúan dominando el mercado de la literatura evangélica y la mente de muchos hermanos, llevándonos a una visión de la vida cristiana que, como mínimo, compromete nuestra vocación y el significado de nuestra adopción. Veo que muchos hermanos exigen sus derechos de hijos en sus oraciones a Dios y reivindican privilegios de príncipes, que varían de acuerdo con la necesidad e inseguridad de cada uno. Pero, entonces, ¿qué viene a ser esa herencia de la cual la Biblia habla tanto? Concretamente, somos coherederos con Cristo, pero, ¿qué implicaciones tiene esto para la vida cristiana?

Este es un asunto que Pablo busca desarrollar tanto en Romanos como en Gálatas. Los hijos son también herederos: «Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria» (Ro 8:17). Esta herencia es el objetivo hacia el cual caminamos, el objeto de nuestra esperanza, que ya comenzó en el presente y se manifestará de manera plena en la consumación del Reino. Tom Smail afirma que los herederos, según Pablo,

serán conocidos porque su vínculo con el Padre y con el mundo creado por él será el mismo que el del «gran heredero». Esta herencia aparecerá en la vida de los cristianos como un reflejo auténtico de la misma obediencia, de la misma gracia para con el necesitado y el pecador, de la misma oposición para con el mundo; pero también como un reflejo de la misma gloria, de la misma aceptación y presencia divinas, de la misma santidad, del mismo triunfo y de la misma resurrección que encontramos en Cristo. La herencia de Cristo es nuestra semejanza con él. Es entrar en una única combinación de obediencia y autoridad, humildad y grandeza, debilidad y poder, sufrimiento y gloria, muerte y resurrección, servicio y reinado.<sup>8</sup>

Somos herederos de la imagen de Cristo. Jesús, el Hijo unigénito del Padre, es nuestra gran herencia.

Esto expone a la luz todo el engaño del triunfalismo evangélico, para el cual la herencia sólo significa ausencia de dolor y sufrimiento y afirmación de soluciones sensacionales e inmediatas para todos los problemas humanos. Así como Jesús fue capaz de pronunciar *Abba* en Getsemaní y seguir en dirección del Calvario, para ofrecerse en sacrificio, como respuesta obediente al Padre, nosotros sólo avanzaremos en dirección de la madurez e identificación con Cristo, como hijos y herederos, cuando dejemos que él nos conduzca, a fin de reflejar la misma gloria del crucificado.

Por otro lado, esta herencia que tenemos en Cristo tiene una profunda relación con la oración. Ser un hijo es entrar en una relación íntima y personal con el Padre. Es desear penetrar en el misterio de la Trinidad y disfrutar de la más profunda amistad con Dios. El texto en Romanos todavía nos dice: «No sabemos

---

<sup>8</sup> Tom Smail, *op. cit.*, p. 45.

qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Y Dios, que examina los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios» (Ro 8:26-27). De acuerdo con este texto misterioso, orar no es simplemente emitir sonidos, construir frases, expresar voluntad y pensamiento ante Dios. Nuestras palabras y liturgias son guiadas por la comunión que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la cual nos conduce hacia el propósito y la voluntad del propio Dios. «Pues por medio de él tenemos acceso al Padre por un mismo Espíritu» (Ef 2:18). La garantía de esta herencia se encuentra en una expresión de Pablo en el capítulo 8 de Romanos, la cual nos da toda la seguridad respecto a los beneficios en Cristo: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?» (Ro 8:32). Aquí Pablo declara que Dios el Padre nos entregó lo más valioso que tenía y que, ante la dádiva de su Hijo, no hay nada que él pueda negarnos. Comentando ese pasaje, afirma James Packer:

El significado de la frase «nos dará con él todas las cosas» puede expresarse así: Algún día descubriremos que nada — literalmente nada— de lo que hubiera podido aumentar nuestra dicha eterna nos ha sido negado, y que nada — literalmente nada— de lo que hubiera podido limitar esa dicha ha quedado con nosotros.<sup>9</sup>

En Cristo heredamos los beneficios mismos de la gracia.

---

<sup>9</sup> Packer, *op. cit.*, p. 309.

Otro aspecto que involucra nuestra herencia con Cristo es la seguridad eterna de la alianza que el Padre celebra con sus hijos. Hemos hablado mucho de inseguridad afectiva, de nuestra búsqueda de señales que garanticen la seguridad que todos necesitamos. Para muchos, la seguridad espiritual reside en un automóvil último modelo, preferentemente importado, en un puesto ejecutivo de una gran empresa, o en la solución de los problemas de naturaleza profesional, económica o física. Sin embargo, la seguridad que la herencia en Cristo nos propone es una que trasciende el universo de las dádivas materiales hacia una relación de confianza en el amor de un Padre que no protegió a su propio Hijo, sino que, más bien, lo entregó por todos nosotros. El apóstol Pablo dice que en la certidumbre de este amor encontraremos la confianza para enfrentar las privaciones físicas, las persecuciones religiosas, los ataques demoníacos y todo tipo de calamidades. «¿Quién nos apartará del amor de Cristo?», pregunta Pablo a quienes conocen el amor del Padre, es decir, a quienes fueron adoptados por él y hechos coherederos de todas las cosas juntamente con su Hijo unigénito. El poder de la resurrección del Hijo muestra que nada puede separarnos del amor del Padre. Esta es la herencia que recibimos en Cristo Jesús.

Tanto en Romanos como en Gálatas, Pablo afirma que ser heredero es consecuencia natural de ser hijo. Si no conocemos a *Abba*, no participaremos de la riqueza de la vida con Cristo. Al afirmar a *Abba*, somos inmediatamente llevados de nuevo a Getsemaní, lugar donde el Hijo encontró seguridad en el amor y confianza que tenía en el Padre, quien siempre le proveyó todo lo que era necesario para su vida y misión. En ese lugar también somos llamados a obedecer y a seguir un camino en el que se combinan la muerte y la gloria. Pretender ser hijo de Dios y negar el camino de la obediencia nos lleva al colapso

relacional y a la destrucción. Sólo los hijos son herederos, y sólo son herederos los hijos. Esta combinación nos ofrece el significado de la gran herencia que tenemos en Cristo Jesús.

## Oír al Padre era prioritario en la vida del Hijo

Otro aspecto que caracteriza la centralidad del Padre en la vida y el ministerio del Hijo fue la disposición de Jesús a escuchar antes de actuar. En tres pasajes del Evangelio de Juan se describe esta forma única de relación, motivada sólo por la experiencia del *Abba*. En el primer pasaje Jesús dice: «Yo no puedo hacer nada por mi propia cuenta; juzgo sólo según lo que oigo, y mi juicio es justo, pues no busco hacer mi propia voluntad sino cumplir la voluntad del que me envió» (Jn 5:30). Otro pasaje semejante se encuentra en el versículo 19 del mismo capítulo: «Entonces Jesús afirmó: —Ciertamente les aseguro que el hijo no puede hacer nada por su propia cuenta, sino solamente lo que ve que su padre hace, porque cualquier cosa que hace el padre, la hace también el hijo» (Jn 5:19). Y más aún: «Son muchas las cosas que tengo que decir y juzgar de ustedes. Pero el que me envió es veraz, y lo que le he oído decir es lo mismo que le repito al mundo. [...] Por eso Jesús añadió: —Cuando hayan levantado al Hijo del Hombre, sabrán ustedes que yo soy, y que no hago nada por mi propia cuenta, sino que hablo conforme a lo que el Padre me ha enseñado» (Jn 8:26, 28). «Yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió me ordenó qué decir y cómo decirlo. Y sé muy bien que su mandato es vida eterna. Así que todo lo que digo es lo que el Padre me ha ordenado decir» (Jn 12:49-50).

Lo que tienen en común estas afirmaciones de Jesús es el carácter central de la voluntad del Padre y la más completa sumisión a ella. Él afirma que no habla, ni decide, ni juzga ni hace cosa alguna por sí mismo. Todo lo que hace o habla procede del Padre. Estas afirmaciones de Jesús nos colocan ante dos principios básicos y fundamentales de su espiritualidad. Primero, Jesús se coloca en la condición de un buen oyente. Segundo, él le pone fin a la necesidad humana de autonomía.

Jesús afirma que primero escucha al Padre y después actúa o juzga. Se trata de una invitación al silencio. Vivimos en un mundo donde predomina el bullicio, la agitación. No tenemos tiempo para oír la voz de Dios, quien habla en el silencio de nuestra alma. No tenemos tiempo ni siquiera para oír a nuestro propio corazón, y mucho menos para oír las voces de los demás, que intentan establecer un vínculo más personal con nosotros. Uno de los testimonios más antiguos sobre la importancia del silencio en la vida cristiana viene de Ignacio de Antioquia, un contemporáneo del período neotestamentario. Ignacio decía que «es mejor guardar silencio y ser, que tener abundancia y no ser».<sup>10</sup> Para él, en el silencio aprendemos a conocernos a nosotros mismos, lo cual constituye un paso fundamental para el conocimiento de Dios. Sólo podremos establecer una relación personal con Dios y con el prójimo, si sabemos guardar silencio para oír y conocer. Es imposible establecer un vínculo íntimo y personal con quien sea, si nuestro corazón y alma no están dispuestos a oír, y esto en silencio.

---

<sup>10</sup> Kenneth Leech, *Spiritual and Pastoral Care*, Cowley Publications, Cambridge, 1989, p. 18.

Normalmente, nuestras oraciones son monólogos que dirigimos a Dios. Presentamos nuestras listas, con las necesidades más diversas, nuestras súplicas, muchas veces con exigencias absurdas, y esperamos que Dios las cumpla, revelando así su poder y su amor por nosotros. Nuestros juicios, palabras y decisiones casi siempre surgen teniendo como referente sólo nuestra percepción inmediata de la realidad, así como nuestras carencias afectivas y emocionales.

Jesús dio prioridad a la voz del Padre, no sólo en el bautismo del río Jordán sino durante todo su ministerio. La oración que él enseñó a sus discípulos fue aplicada radicalmente en toda su vida: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mt 6:10). Con frecuencia, él se retiraba a lugares solitarios a fin de escuchar la voz del Padre y conocer su voluntad. Es importante notar también el significado de este silencio y la necesidad de oír para la misión del Hijo. Al decir que él no habla, ni juzga ni hace cosa alguna sin oír antes al Padre, Jesús muestra que no tiene una misión propia. Lo que él hace es lo que ve hacer al Padre. No tiene un discurso propio. Habla lo que escucha del Padre. No tiene un juicio propio; su juicio es el mismo que el del Padre. Esto es un hecho radical para la iglesia y para los cristianos. Tampoco nosotros tenemos una vocación nuestra. La vocación que tenemos es la misma del Padre y del Hijo. No tenemos un mensaje nuestro, sino que tenemos el mismo que oímos del Hijo y del Padre. Estamos en este mundo para hacer la voluntad del Padre y realizar su obra, y para concretar esto necesitamos aprender a escuchar.

Tal vez una de las grandes crisis espirituales que vivimos hoy sea la crisis del silencio. Ya no sabemos oír más y, consecuentemente, tampoco sabemos orar. Sin embargo,

precisamente en el silencio nos encontramos con Dios, cuando todo aquello que no es Dios calla para que podamos escucharlo únicamente a él. Para los cristianos ortodoxos, la oración es mucho más una cuestión de oír que de hablar. Es nuestra respuesta a la voz de Dios, y no lo contrario. Thomas Merton nos muestra que el silencio aumenta nuestra sensibilidad y compasión por los demás:

En el profundo retiro es donde hallo la ternura con la cual puedo amar verdaderamente a mis hermanos. Cuanto más a solas esté tanto más afecto siento por ellos. Es puro afecto y lleno de reverencia para el retiro de otros. El retiro y el silencio me enseñan a amar a mis hermanos tal como son, no por lo que dicen.<sup>11</sup>

Creo que sería correcto decir también que el silencio aumenta igualmente nuestra sensibilidad y amor hacia Dios. Estar a solas y en silencio con Dios es una expresión de amor y afecto que muchos cristianos modernos ya no consiguen experimentar. An-tes de hablar o juzgar, Jesús buscaba primero escuchar. Teófano, el Recluso, dijo:

¿Tú te preguntas si oraste bien hoy? No examines si tus emo-ciones fueron profundas, o si comprendes mejor las cosas divinas. Examina si cumpliste mejor la voluntad de Dios. Si la respuesta fuere sí, la oración dio su fruto; si fuere no, ella falló, aunque haya habido satisfacción de la inteligencia o de los sentimientos, que pueda extraerse del tiempo pasado en la presencia de Dios.<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> Richard Foster, *Alabanza a la disciplina*, Betania, Mineápolis, 1986, p. 121.

<sup>12</sup> Anthony Blomm, *Oração Viva. Coleção: A Oração dos Pobres*,

El otro aspecto que involucra la espiritualidad de Jesús fue su rechazo a cualquier forma de autonomía individualista. En verdad, la naturaleza divina, que es una naturaleza trinitaria, es esencialmente relacional. Este Dios trino nos creó conforme a su imagen y semejanza para que también pudiésemos vivir en comunión y amistad con él y toda su creación. Si Jesús, eventualmente, decidiese actuar por cuenta propia y tomar sus propias decisiones y juicios, estaría negando su naturaleza divina, que es relacional y dependiente. Podemos notar que esta dependencia no es sólo un privilegio del Hijo, sino también, de igual manera, del Padre y del Espíritu. El mismo Jesús afirma que nadie va al Padre si no es por él, y que el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre y del Hijo. Lo que vemos en las tres personas de la santísima Trinidad es esta perfecta comunión interdependiente.

El Hijo afirma: «Todos los que el Padre me da vendrán a mí» (Jn 6:37). El Hijo depende del Padre para recibir a aquellos que habrán de pertenecerle. Por otro lado, sin embargo, el Hijo también afirma: «Nadie llega al Padre sino por mí» (Jn 14:6). Aquí Jesús define el camino a través del cual los hombres conocen a Dios. Luego, también afirma que «el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho» (Jn 14:26). El Espíritu Santo, enviado por el Padre en nombre del Hijo, confirmará la obra del Padre y del Hijo en el corazón de los creyentes. El Hijo glorifica al Padre al llevar a los seres humanos a conocerlo; el Padre glorifica al Hijo cuando éste cumple su misión en la encarnación; y el Espíritu Santo glorifica al Padre y al Hijo. Esta

es la comunión que existe entre las tres personas de la Santísima Trinidad. Nadie actúa por sí mismo ni para sí mismo. Todos actúan en función de todos para que no haya individualismo (ausencia de comunión) ni colectivismo (ausencia de individualidad).

El hecho de vivir en una sociedad fragmentada e individualista nos ha llevado a un proceso de fragmentación del propio Dios. Así, damos preferencia a una de las personas de la Trinidad según el grupo que frecuentamos.<sup>13</sup> En la práctica de muchos cristianos las personas de la Trinidad parecen actuar separadamente, en un proceso competitivo, generando entre los creyentes rupturas casi irreparables. El lugar del Padre en la espiritualidad del Hijo establece una adecuada interdependencia, que niega definitivamente cualquier posibilidad de acción autónoma. Comprender este misterio ayuda a conocer mejor la naturaleza de la iglesia de Cristo y su misión.

La espiritualidad del Hijo es, por tanto, una espiritualidad centrada en el Padre, no sólo para juzgar, hablar y actuar sino también para dar significado a la propia existencia en una relación de amor y dependencia.

## ***Abba y libertad cristiana***

Al resistir las tentaciones en el desierto de Judea, Jesús se hizo libre para hacer la voluntad del Padre. Es bueno recordar que las propuestas del diablo en el desierto no representaban, en sí mismas, ninguna desobediencia a los mandamientos

---

<sup>13</sup> Ver el análisis específico de este fenómeno en el capítulo 3 del presente libro, en el sector titulado: “La fragmentación de la Trinidad y el desafío de la unidad de la iglesia”.

divinos. En efecto, Jesús, durante su ministerio terrenal, realizó algunos de los milagros que Satanás le había propuesto: transformó agua en vino, multiplicó panes y peces para saciar el hambre de miles de personas, afirmó que podría invocar legiones de ángeles para salvarlo de la cruz, y encontramos innumerables referencias bíblicas sobre su poder y dominio cósmico. Su renuncia a las propuestas del diablo en el desierto de Judea demuestra el carácter central del Padre en su vocación y misión. Lo que estaba en disputa no era el poder, es decir, la capacidad de Dios para hacer o no hacer, sino la amistad, el amor y la obediencia.

Esta opción por la amistad, el amor y la obediencia dio a Jesús la más completa libertad para obedecer y servir. A decir verdad, la seguridad afectiva de saber quién era él (el Padre se lo había revelado en el bautismo) y quién era su Padre fue suficiente para enfrentar el Calvario. Jesús nunca se vio tentado a probar a nadie quién era él, pues sabía que el Padre lo conocía y lo amaba. Esto era todo lo que necesitaba. Cuando lavó los pies de los discípulos, lo hizo porque estaba seguro de quién era: «Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy» (Jn13:13). El hecho de saber quién era le daba la libertad incluso de someterse a los demás.

Frecuentemente, nos vemos presionados a actuar de una manera que afirme nuestra identidad. Tenemos que probar quiénes somos y de qué somos capaces. Así sucede, por ejemplo, cuando alguien pone ante nosotros sospechas del tipo: «Al fin de cuentas, ¿es usted cristiano o no? ¿Cree en Dios o no? ¿No dijo usted que el Dios en el cual cree es poderoso? ¿Entonces? ¿Es capaz de lograr que esta criatura camine de nuevo?» Preguntas como éstas no son diferentes, en tesis, de las que Satanás le hizo a Jesús en el desierto. Muchas veces,

nuestra búsqueda de milagros, pros-peridad, poder y victoria no es otra cosa que la afirmación de nuestra más profunda inseguridad afectiva. Necesitamos estas manifestaciones de poder y triunfalismo para afirmar una identidad que no estamos seguros de poseer. Esta inseguridad nos hace prisioneros de nosotros mismos.

La necesidad de autoafirmación nos lleva, inevitablemente, a renunciar a cualquier forma de sumisión. La única manera de someternos unos a otros es descubrir el significado de la autoridad del Padre y someternos a ella. Jesús no tuvo ningún conflicto al enfrentar la prepotencia de las autoridades romanas y judías, pues él sabía exactamente a quién estaba sirviendo realmente. Le dijo a Pilato: «No tendrías ningún poder sobre mí si no se te hubiera dado de arriba» (Jn 19:11). Con esta afirmación, Jesús define el centro de su misión. Él puede someterse a otras autoridades porque conoce al Padre y se entrega completamente a él en amor y sumisión.

Sabemos que el autoritarismo y el deseo de poder o control casi siempre nacen de una fuerte carencia afectiva. Por otro lado, la necesidad de tener el control de personas y situaciones nos incapacita para el ejercicio del amor y de la libertad. Poder y libertad, o control y amor, son realidades que no caminan juntas. Si optamos por el poder o por el control, nos tornamos esclavos de nuestro miedo e inseguridad, y el miedo no permite el ejercicio del amor ni de la libertad. Jesús fue un hombre absolutamente libre y lleno de amor y ternura, porque ésta fue su opción, definida a partir del desierto. Allí él renunció explícitamente a cualquier forma de poder o control. Cuando el diablo le ofreció los reinos de este mundo, con toda su fascinación y gloria, Jesús respondió: «Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él» (Mt 4:10). Esta fue la opción del Hijo, y

por ella él se hizo libre para hacer la voluntad del Padre, incluso para subir al Calvario.

Cuando la iglesia o los cristianos optan personalmente por el poder, niegan automáticamente la libertad y el amor. Esto sucede con cierta frecuencia en el mundo religioso, y no sólo en el religioso sino también en el familiar y en el relacional. Nuestras inseguridades, que traemos del pasado y que no han sido curadas, nos conducen inevitablemente a la búsqueda de caminos que nos aseguren el mínimo de aceptación que necesitamos para sobrevivir.

Tengo un amigo que hoy es pastor y que tuvo una infancia y adolescencia marcadas por una profunda timidez e inseguridad afectiva. Desde muy temprano, en su adolescencia, fue atraído por el ejercicio del liderazgo del grupo de adolescentes de su iglesia y después por el de los jóvenes. Así fue hasta que se hizo pastor. Su opción por el pastorado, y hoy él reconoce esto, nació de un deseo inconsciente de ser aceptado y amado. Hoy recuerda que una de las marcas profundas que lleva de su adolescencia fue su dificultad de relacionarse con las personas y el miedo que siempre lo cercaba de no ser aceptado ni invitado a las fiestas y actividades de su grupo de amigos. Ser pastor era la garantía de que ahora tendría el control de las actividades y de las personas, y no quedaría más afuera, ni tendría que vivir mendigando los favores de aquellos que, según él, lo rechazaban. Hoy reconoce que nunca tuvo con su iglesia y su familia una relación de amor y de afecto. Hizo una opción por el poder y el control, y no por el amor y la libertad. Se hizo una persona egoísta y consiguió domesticar su timidez, convirtiéndose por fuera en una persona extrovertida, amable y llena de atenciones. Sin embargo, todo esto lo hacía sólo para preservar el poder y el control. Redesubrir al Padre como aquel

que nos ama y acepta tal como somos fue la experiencia más profunda y transformadora que él tuvo. Fue a partir de ese encuentro que pudo experimentar de nuevo el amor y la libertad, no sólo en relación consigo mismo sino también con su iglesia y su familia.

Redescubrir *Abba* es encontrar la libertad para subir al Calvario. Solamente en este encuentro de amor con el Padre, el Hijo se descubre capaz de sufrir toda la violencia física, moral y espiritual que la cruz le impuso. El mundo le dio las espaldas. Incluso el propio Padre, por un momento, lo abandonó; pero aun así, él termina su agonía con la afirmación: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23:46).

## ***Abba* y la vida comunitaria**

El redescubrimiento del Padre en la espiritualidad cristiana nos lleva también al reencuentro de dos dimensiones básicas de la vida cristiana, que se encuentran igualmente amenazadas y comprometidas: la experiencia comunitaria y el significado de la autoridad. Nuestra orfandad moderna, como ya dijimos, nos conduce de manera inexorable al rompimiento de estas dos dimensiones fundamentales de la fe. Aquí me gustaría destacar la importancia de la sumisión para la espiritualidad del cristiano moderno.

En su libro sobre la modernidad y sus efectos sobre el discípulo y la iglesia, Rubem Amorese afirma lo siguiente:

En la confusión del cuestionamiento de cualquier forma de autoritarismo, paso a cuestionar toda forma de autoridad. Como el hombre moderno no es dado a grandes profundidades filosóficas —él prefiere una película a un libro—, las diferencias se tornan irrelevantes. Ese pasaje inconsciente,

asociado al culto de lo privado, a una incapacidad de profundidad de las relaciones, proveniente, entre otras cosas, de la ya mencionada deficiencia emocional y afectiva, produce una persona con dificultades para aceptar el liderazgo y la autoridad. La paternidad, que sería el arquetipo a ser buscado, no es un concepto o sentimiento que ayude. Disciplina, sentido de pertenencia, precio a pagar y sumisión son conceptos muy difusos que tendrán que ser trabajados con cuidado, hasta que él descubra las alegrías, el descanso, el significado, la plenitud de la vida bajo autoridad. Él necesita aprender lo que es tener un verdadero y único Padre y ser un verdadero hijo.<sup>14</sup>

Aquí vemos que la relación entre la autoridad y la comunidad es muy estrecha, y que el redescubrimiento de la paternidad de Dios es el camino que debemos buscar.

La sumisión es una disciplina espiritual que, por causa de los abusos que se han cometido, viene siendo negada y rechazada sistemáticamente como camino que conduce a la libertad y a la comunión. Richard Foster afirma lo siguiente:

---

<sup>14</sup> Rubem Martins Amorese, *Icabode—Da Mente de Cristo a Consciencia Moderna*, Abba Press, San Pablo, 1993, pp. 88-89.

De todas las disciplinas espirituales, de ninguna se ha abusado más que de la disciplina de la sumisión. De algún modo, la especie humana tiene una extraordinaria habilidad para tomar la mejor enseñanza y torcerla para los fines peores. No hay nada que pueda someter al pueblo a esclavitud como la religión, y nada en la religión ha hecho tanto para manipular y destruir a las personas como una enseñanza deficiente sobre la sumisión. Por tanto, tenemos que abrirnos paso a través de esta disciplina con gran cuidado y discernimiento a fin de asegurarnos que seamos ministros de vida, y no de muerte.<sup>15</sup>

Cuando rechazamos cualquier forma de sumisión, rechazamos también la propuesta de comunión y amistad del Reino de Dios.

---

<sup>15</sup> Foster, *op. cit.*, p. 123.

La sumisión de Jesús al Padre fue un factor determinante para establecer el rumbo tanto de su misión como de las relaciones con sus discípulos y las autoridades de su tiempo. Para él, la sumisión era mucho más una postura que había asumido delante de Dios y de los seres humanos que una estructura jerárquica de poder y dominación. «Obediencia es la virtud a través de la cual nos tornamos personas sensatas, capaces de acciones res-ponsables, libres y apropiadas, en armonía con la voluntad de Dios».<sup>16</sup> Si consideramos la sumisión como una postura, una disciplina espiritual, veremos que ella nos abre el camino para una relación más libre con los seres humanos.

Una vez más, volviendo al diálogo de Jesús con Pilato, vemos que éste último se atribuye el derecho de decidir sobre la vida y el destino de Jesús, afirmando que tenía autoridad para definir el rumbo de la vida del Maestro. Sin embargo, Jesús le respon-dió: «No tendrías ningún poder sobre mí si no se te hubiera dado de arriba» (Jn 18:11).

Aquí vemos que el camino para evitar cualquier autoritarismo humano es redescubrir la autoridad divina. Sólo cuando estamos más cautivos de la autoridad divina, somos libres para sujetarnos a los demás. La sumisión al Padre es el camino de la comunión entre los seres humanos.

---

<sup>16</sup> Rosemary Broughton, *Praying With Teresa of Avila*, Saint Marys Press, Christian Brothers Publications, Winona, 1990, p. 69.

Cuando aprendemos a temer a Dios, y únicamente a Dios, descubrimos la libertad de la obediencia a los demás. El miedo a la obediencia y el servicio, muchas veces, nace de nuestra inseguridad personal. Necesitamos afirmarnos por nuestra independencia o por nuestro autoritarismo. Sin embargo, cuando conocemos al Padre que nos llama por nuestro nombre, que afirma su amor y aprecio por nosotros, y aprendemos a temer solamente su persona y su voluntad, rompemos con el pavor de creer que los demás tienen las llaves de nuestro destino. Luego de resucitar, en una de sus apariciones, después de preguntar tres veces acerca del amor del apóstol Pedro, Jesús afirmó: «De veras te aseguro que cuando eras más joven te vestías tú mismo e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos y otro te vestirá y te llevará adonde no quieras ir» (Jn 21:18). Tengo la impresión de que la madurez cristiana se da cuando somos capaces de extender nuestras manos para que otros nos conduzcan. No se trata de convertirse en marioneta de los demás sino de reconocer que no tenemos el poder de decidir nuestro propio destino. La libertad que Jesús conquistó en la sumisión que otorgó al Padre lo hizo capaz de extender sus manos aun frente a Pilato. Según Richard Foster, toda disciplina tiene su libertad correspondiente, y la libertad que corresponde a la sumisión es «la capacidad para descargar la terrible carga de siempre tener que obtener lo que queremos. La obsesión de exigir que las cosas se hagan de la manera como las queremos es una de las mayores esclavitudes de la sociedad humana hoy».<sup>17</sup>

Como ya vimos, todo esto compromete nuestras relaciones, incluso con Dios mismo. Para los cristianos ortodoxos, la sumisión debe ser entendida como una disciplina espiritual, una

---

<sup>17</sup> Foster, *op. cit.*, p. 124.

postura que asumimos delante de las personas y de Dios, que nos habilita para escuchar e interactuar con humildad, encontrando el espacio para cultivar relaciones más profundas e íntimas. Esta experiencia sólo es posible mediante el reencuentro con Dios como nuestro Padre.